

tiempo un proyecto de union, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un dia M. Brevannes llamó á Armando á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucia, hasta el momento poco distante en que él se pusiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Inútil es decir que Armando suscribió con gusto á un negocio que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la muger que le destinaban tenia sentimientos virtuosos, talento, buen corazon? Lucia era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacian, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir mas? Con una muger rica y bonita, no tiene una seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porcion de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa; el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podia considerar como un favor; pero en el que mirándolo mas despacio solo se veia una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armando la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que esplicaba lo poco que se le ocurría. Ya empezaba á deliberar si le valdria mas renunciar á las ventajas que le ofrecian que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente.

—Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confiárselo á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada, mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representaté á Lucia como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Unicamente me resignaré á copiar tu trabajo en esta circunstancia; conviene que las cartas esten escritas por mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armando le habia indicado, y llegó á ser tal la ilusion, que no habria estado mas elocuente si hubiera escrito por propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras en las cuales se complacia en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de un corazon cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono mas apasionado, mas persuasivo, sino que le parecia que su primo escribia muy de tarde en tarde, y no habia razonamiento que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia.

Bien pronto la llegada de M. Dumesnil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad, la opinion que habia formado de la belleza y las virtudes de Lucia; pero Jorge, siempre leal para abusar de la confianza de su primo, disimulaba con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazon, y jamas dejó traslucir ni en su lenguaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucia, con ese tacto maravilloso que distingue á las mugeres, conoció al momento que existia gran diferencia entre los dos primos, y que esta no estaba en favor del que le dispensaban por esposo. Léjos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talentos y saber, preferia mucho al descaro de Armando el modesto silencio de Jorge. Cansada bien pronto de las frivolidades que constituian el fondo de las conversaciones del primero, siempre reanudaba con placer con el segundo conversaciones no menos sólidas que agradables. Lo que no podia comprender era que el hombre, cuyas cartas habia admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de caracter.

(Se continuará)

## PENSAMIENTO.

Las naciones que han tenido, ya que no saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á las que sabian mas que ellas.

M. J. DE LARRA. (FIGARO)